

INMIGRACIÓN Y DISCRIMINACIÓN EN EL LUGAR DE TRABAJO. EL CASO DEL MERCADO FRUTIHORTÍCOLA DE LA COLECTIVIDAD BOLIVIANA DE ESCOBAR¹

Cynthia Pizarro²

Introducción

En septiembre de 2006 visité por primera vez el Mercado Frutihortícola de la Colectividad Boliviana de Escobar. Salí de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y conduje hacia la Ciudad de Belén de Escobar, distante aproximadamente unos 50 km. Esta ciudad está localizada en el partido homónimo que, junto con el de Pilar, conforman la zona norte del área hortícola bonaerense³. En ambas márgenes de la ruta pude ver diversos establecimientos industriales alternados con barrios privados.

Como no sabía la dirección del Mercado, fui a averiguar a una oficina de información turística de la Municipalidad de Escobar que se encuentra en la salida de la Ruta Nacional N° 9, en donde ésta se cruza con la Ruta Provincial N° 25, que une la Ciudad

¹ Una versión preliminar de este artículo, titulada “*Changas*” argentinos y “*changas*” bolivianos en el Mercado Frutihortícola de la Colectividad Boliviana de Escobar. *Discriminación y condición de extranjería en el lugar de trabajo*, fue presentada en el 8vo. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, organizado por la Asociación de Especialistas en Estudios del Trabajo, que tuvo lugar entre el 8 y el 10 de agosto de 2007 en Buenos Aires. Agradezco las valiosas sugerencias de la comentarista Mariela Ceva, del coordinador Roberto Benencia y del resto de los participantes del grupo de trabajo: Migraciones, Trabajo y Mercado Laboral que se desarrolló en el marco de dicho evento. Además, borradores previos fueron discutidos en el Grupo de Estudios y Trabajo sobre Campesinos y Trabajadores Rurales del Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo y Estudios Sociales, y en el Grupo de Migración Boliviana en Córdoba de la Maestría en Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba. Agradezco a los integrantes de ambos grupos por sus enriquecedores aportes. Los comentarios y sugerencias de los dos evaluadores anónimos de la Revista Estudios Migratorios Latinoamericanos fueron de mucha utilidad para mejorar mis argumentos. Por otra parte, quiero agradecer a mis interlocutores durante el trabajo de campo etnográfico. No obstante, sólo yo soy responsable por los desaciertos que este artículo pudiera tener.

² Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Docente de la Universidad Católica de Córdoba.

³ Las expresiones *área hortícola bonaerense* o *cinturón verde bonaerense* pueden ser confusas cuando se las usa para referirse al área que abastece a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, ya que dicha ciudad se denomina de igual modo que la provincia de Buenos Aires. Aún así, continuamos utilizando el adjetivo *bonaerense* para denominar a la zona en cuestión ya que ha sido acuñada hace más de diez años y es reconocida en la literatura sobre el tema. En 1997 el equipo dirigido por Roberto Benencia publicó una compilación titulada *Área hortícola bonaerense*. En esta obra se entiende que “el *cinturón verde bonaerense* (estaba) conformad(o) por quince partidos de la provincia de Buenos Aires, situados geográficamente alrededor de la Capital Federal” (Benencia 1997: 21, nuestras cursivas). Estos partidos se distribuían en tres zonas de la siguiente manera: zona sur: Almirante Brown, Berazategui, Esteban Echeverría, Florencio Varela, La Plata y San Vicente; zona oeste: General Rodríguez, La Matanza, Marcos Paz, Merlo y Moreno; y, zona norte: Escobar, General Sarmiento, Pilar y Tigre. En dicha obra se especifican algunas de las transformaciones que esta área había sufrido a nivel de la producción, de la mano de obra y de la comercialización a raíz de la expansión capitalista en la agricultura. Durante los siguientes diez años este investigador y su equipo continuaron indagando sobre las transformaciones del área. Así, Benencia y Quaranta (2005 y 2006a) señalan que el *cinturón verde*, o *área hortícola bonaerense* atravesó otra serie de transformaciones durante los últimos 10 años. En términos generales, se produjo una expansión de la zona sur, conformada por los partidos de La Plata, Florencio Varela, Esteban Echeverría y Berazategui; y una retracción de las zonas norte y oeste, esta última integrada por los partidos de Moreno, Luján, General Rodríguez, Marcos Paz y La Matanza.

de Belén de Escobar con las de Pilar y Moreno. Un joven empleado me dijo que, a diferencia de lo que yo esperaba, el Mercado no estaba emplazado en el centro de la Ciudad, sino en un barrio cercano. Me indicó que en la siguiente salida de la Ruta Nacional N° 9 doblara hacia la izquierda por la Av. de los Inmigrantes, que siguiera unas cuadras en donde vería el predio en donde se “hace la feria los domingos”⁴, y que más adelante, a unas cuatro cuadras, encontraría el Mercado. Me entregó también unos folletos de promoción turística de Escobar, en los que se relata la historia de la ciudad, se publicitan algunos recorridos de interés para aquellos interesados en descansar en ambientes naturales, y se promociona la Fiesta Nacional de la Flor. Sin embargo, en ninguno de esos folletos se hacía referencia a los trabajadores que producen las flores que son objeto del orgullo de los escobarenses, ni tampoco a la producción de frutas y verduras que abastece al área metropolitana de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

A mediados del siglo XX, los dueños de las quintas hortiflorícolas del Partido de Escobar eran inmigrantes portugueses, italianos y japoneses⁵ que contrataban como mano de obra a migrantes internos, por lo general procedentes de las provincias de la región del noroeste argentino tales como Santiago del Estero. Benencia (1997) señala que a partir de 1960 comenzaron a llegar los primeros inmigrantes bolivianos a la zona y, a principios de los 1980s, no solamente la mano de obra de las quintas procedía mayoritariamente del altiplano boliviano⁶, sino que también se había generalizado la

⁴ Usaré las comillas para citar textualmente expresiones de mis interlocutores durante el trabajo de campo.

⁵ Es importante señalar que la sociedad de Escobar ha tolerado la alteridad de estos inmigrantes ya que no marcó su aloctonía de manera radical. Tal como se desprende de entrevistas a diferentes referentes locales y de la observación participante realizada durante el trabajo de campo etnográfico en el Partido de Escobar, el origen extranjero de estos inmigrantes transoceánicos no fue un impedimento para que fueran incorporados rápidamente en el colectivo de identificación local. Este colectivo –en concordancia con el estereotipo nacional (Briones 2002)- se postulaba como blanco, europeo y moderno. En este sentido, a principios de la década de 1960, algunos viveristas italianos y portugueses que eran miembros del Rotary Club de Escobar fueron los promotores de la Fiesta Nacional de la Flor. Fiesta que progresivamente fue adquiriendo mayor visibilidad hasta convertirse en un símbolo de la Ciudad y del Partido, además de ser un atractivo turístico que es promovido y promocionado por el gobierno local. Por otra parte, en esa Fiesta la colectividad japonesa es marcada como la referente de la floricultura de la zona. Quiero enfatizar con esta aclaración la particular construcción hegemónica identitaria de la sociedad escobarensis de fines del siglo XX. Como veremos, en el Partido de Escobar, este marco de sentido hegemónico articula de manera particular los clivajes de nacionalidad, raza, clase y etnia conformando un mapa de identificaciones posibles diferencial para los inmigrantes según el país del que provengan, sus características fenotípicas y culturales, y el estrato socio-económico de origen. Las prácticas y los procesos identitarios que los inmigrantes bolivianos implementan en el Mercado Frutihortícola de la Colectividad Boliviana de Escobar pueden ser comprendidas teniendo en cuenta las resignificaciones que ellos realizan del interjuego de los marcos de sentido de la sociedad escobarensis con aquellas construcciones hegemónicas su país y de su región de procedencia (Basch et. al. 2003).

⁶ El hecho que los inmigrantes bolivianos que se asentaron en el Partido de Escobar provengan mayoritariamente de las zonas rurales del altiplano andino no es un dato menor. Caggiano (2003) planteó la importancia de las diferentes regiones de procedencia en la re-configuración identitaria de algunos grupos de inmigrantes bolivianos en diversas regiones de la Argentina. Tal como señalaré más adelante, los lugares de identificación posibles en el país de origen para este contingente poblacional inmigrante proveniente del altiplano ha estado limitado, hasta por lo menos la llegada al poder del Presidente Evo Morales, a los tropos de pertenencia ubicados en el escalón más bajo de la estratificación económica, social y cultural boliviana (Zalles Cueto 2002). Estos lugares identitarios son marcados peyorativamente en términos de clase, raza y etnia como “campesinos”, “indios” y “coyas”. Por otra parte, las prácticas esperables desde estas construcciones hegemónicas en el país de origen para este contingente poblacional han sido las de “sumisión”, “trabajo duro”, “pobreza” y “analfabetismo”; en contextos productivos concebidos como “no-capitalistas” o “tradicionales”.

mediería⁷ como forma de contratación. Veinte años después, gran parte de los inmigrantes ultramarinos habían dejado la producción hortiflorícola, mientras que los bolivianos⁸ habían logrado cierta movilidad ya que algunos eran arrendatarios y propietarios de las quintas, e incluso habían ingresado en la comercialización y el transporte de la producción⁹.

Aquellos bolivianos que dejaron de trabajar como peones o medieros en las quintas, debieron mudarse de las casas precarias en las que vivían. A principios de la década de 1980, algunos de ellos compraron terrenos en un loteo que realizó la compañía Lucchetti, en el actual Barrio Lambertucchi. Este Barrio está ubicado aproximadamente a unos 3 km hacia el oeste del centro de la Ciudad Belén de Escobar, del otro lado de la Ruta Nacional N° 9. Ésta era una de las zonas del Partido de Escobar en las que se concentraban las quintas hortiflorícolas.

La compra de estos terrenos por los bolivianos fue posible debido a dos factores. En primer lugar, gracias a las redes de parentesco y paisanaje de los inmigrantes puesto que la venta fue realizada por un “referente de los paisanos” que era pastor de una iglesia evangelista de la que muchos de ellos eran feligreses. El pastor trabajaba como vendedor para la empresa y ganaba una comisión por la venta de cada lote¹⁰.

⁷ Benencia y Quaranta (2006a) señalan que a través de la mediería (incorporación de trabajadores a porcentaje) los productores realizaban gran parte de su actividad al margen de la legislación laboral que regula el trabajo asalariado rural: Régimen Nacional del Trabajo Agrario (Ley 22.248) y Ley 25.191. Para una descripción pormenorizada de las relaciones de mediería en el área hortícola bonaerense ver Benencia (1997 y 2002).

⁸ En 2005 alrededor del 25% (949 productores de un total de 3.856) de los productores hortiflorícolas de la Provincia de Buenos Aires eran de nacionalidad boliviana. (Ministerio de Asuntos Agrarios del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires 2006). Mampel (2000) estimaba que los residentes de nacionalidad boliviana en el Partido de Escobar alcanzaban aproximadamente 150.000 personas en 2000.

⁹ Benencia (1998) denominó *escalera boliviana* al proceso de movilidad socio-productiva de los bolivianos que residen en el área hortícola bonaerense que se evidencia en el pasaje de algunos de ellos de trabajadores rurales (peones o medieros) a productores (arrendatarios o propietarios). El hecho de que algunos han logrado ingresar en los últimos años en la cadena de comercialización como “puesteros ya sea en mercados formales o en mercados bolivianos es denominado como *nueva escalera boliviana* (Benencia y Quaranta 2006b).

¹⁰ Mariela Ceva, en una comunicación personal, me ha sugerido la importancia del rol del pastor en la emergencia de la Colectividad Boliviana de Escobar atendiendo al reconocido papel de las Iglesias y de los ministros religiosos en los procesos migratorios. En otro lugar (Pizarro 2007) he planteado la trascendencia que tuvieron algunos de los “socios fundadores” en el nacimiento de esta organización. Este “pastor evangelista” fue el presidente, entre 1986 y 1989, de la primera forma organizativa que tuvieron los inmigrantes bolivianos asentados en el partido de Escobar. Sin embargo, me comentó que posteriormente decidió desvincularse de la organización, la que en 1991 se formalizó como Asociación Civil Colectividad Boliviana de Escobar y se inscribió como tal en los organismos estatales argentinos. A partir de entonces, el pastor prefirió dedicarse a actividades exclusivamente vinculadas con su credo religioso, habiendo logrado concretar en la actualidad la edificación de un templo para su feligresía en el Barrio Lambertucchi. Por otra parte, este pastor fue considerado por muchos de mis interlocutores como un referente de muchos paisanos que llegaban a Escobar. Esto es así ya que, después de haber trabajado en una quinta, se mudó a una casa en el Barrio Lambertucchi. Allí puso un almacén en donde compraban los trabajadores de las quintas cercanas. A la vez, daba alojamiento a los paisanos que llegaban a la zona y les “conseguía trabajo”, puesto que sabía quién estaba trabajando en cada quinta y “los conocía a todos”. Alrededor de 1986 prestó el galpón de su casa, en donde en esa época se realizaban las celebraciones religiosas, para que se realizaran las primeras reuniones de la incipiente organización. Asimismo, en ese tiempo trabajó para la empresa Lucchetti como vendedor de los terrenos que se estaban loteando en las cercanías del Barrio, habiendo él mismo comprado uno de ellos en nombre de su organización religiosa y en donde actualmente se erige el Templo Evangelista que fue construido gracias al esfuerzo de los feligreses.

El segundo factor que facilitó a los bolivianos la compra de los lotes fue el hecho de que la venta se hacía en cuotas fijas, sin aumento, con una “libreta de pago”. “Era lindo en aquel tiempo para aprovecharlo”, porque debido a la hiperinflación de fines de la década de 1980 esas cuotas “no valían ni tres caramelos”. De este modo, la mayoría de los actuales habitantes del Barrio Lucchetti –nombre con el que es conocido el Barrio Lambertucchi- son inmigrantes bolivianos.

Así, cuando llegué al Barrio Lucchetti por primera vez, vi un predio muy grande en cuya entrada había un cartel que decía: Paseo de Compras y Cultural República de Bolivia. Los negocios cercanos tenían nombres tales como: El Paisano, La Paz, Rincón Cochabamba, Mercado Panchochi, entre otros. Al avanzar, la avenida se transformó en una calle de tierra bastante rota, condición que atribuí a los camiones que van y vienen del Mercado. La edificación contrastaba notablemente con aquella lujosa de los barrios privados que había visto a lo largo de la Ruta Nacional N° 9. Las casas eran pequeñas, bastante humildes, de bloques de cemento a la vista, y muchas tenían cajones de verdura vacíos apilados en sus entradas. Había también algunos almacenes y remisserías, y un negocio de venta de bebidas en el que había algunos hombres que tenían tez oscura, ojos rasgados, pelo negro lacio, piel ajada y curtida; que vestían prendas gastadas; y, que hablaban en quechua. Estos rasgos fenotípicos y culturales conforman un conjunto de marcas racializantes y etnicizantes que, para los miembros de una sociedad escobareña que se pretende blanca, moderna y europea, señalan la pertenencia de sus portadores a un colectivo de identificación subalterno: inmigrantes bolivianos¹¹.

Seguí conduciendo el auto hasta encontrar un predio de unas 5 has. En la esquina había un portón de rejas pintadas con los colores de la bandera de Bolivia. El perímetro estaba cercado con alambrado, y en la entrada de vehículos que se encontraba unos metros más adelante había un portón que estaba casi cerrado. Allí había un cartel que decía: Mercado Frutihortícola de la Colectividad Boliviana de Escobar, junto a otro que informaba que entre las 11 y las 17 el mercado permanecía cerrado. También, para mi sorpresa, había una caseta de control al lado del portón que me hizo acordar a las garitas de seguridad de las cárceles. En frente de este predio, había otro de 7 has, en donde funcionaba un Polideportivo en cuya entrada había también un cartel que indicaba su pertenencia a la Colectividad con un logo con los colores bolivianos, y también estaba custodiado por una garita de seguridad¹².

En el interior del mercado sólo se veía un auto estacionado frente a las dos naves que actualmente están en funcionamiento, cuyas persianas estaban cerradas. Un señor salió

¹¹ En el Partido de Escobar, los bolivianos son objeto de prejuicios y de comportamientos discriminatorios xenófobos debido al hecho de que son bolivianos -proceden de un país que no está tan bien posicionado como aquellos transoceánicos en el ranking mundial de países-, son “portadores de cara” –lo que los vincula con cierta ascendencia indígena que es mal vista por la sociedad local-, y son “campesinos analfabetos” - provienen de regiones rurales pobres- entre otros factores. Da Silva (2007) señala prejuicios y discriminaciones similares para con los “inmigrantes latinos” en San Pablo, Brasil. Algunos de mis interlocutores “nativos” (no inmigrantes latinoamericanos) de Escobar marcaron principalmente la aloctonía de los bolivianos por el hecho de que son “inmigrantes” aludiendo explícitamente al clivaje de nacionalidad. Sin embargo, las diferencias raciales y étnicas entre “nativos” y “bolivianos” también fueron tematizadas por estos mismos interlocutores aunque no tan enfáticamente y de manera más implícita. Por otra parte, en escasas ocasiones, esta aloctonía fue connotada por cuestiones relacionadas con el clivaje de clase, las que derivaron en recelos por cuestiones laborales.

¹² En el predio de la feria también había una en el estacionamiento.

de la caseta de control y me preguntó qué deseaba. Me explicó que el mercado funcionaba desde las 19 hasta las 9.30 de la mañana, que en ese momento no había nadie, y que debería venir en el momento en que estuviera la “gente de la administración”. Agregó que era “gente de La Plata” (capital de la Provincia de Buenos Aires) porque el mercado estaba intervenido.

Durante los siguientes meses¹³ desarrollé un trabajo de campo etnográfico que consistió en una estadía de alrededor de un mes en un inquilinato del barrio Lucchetti; la realización de entrevistas en profundidad a diversos agentes sociales que residen en el Partido de Escobar –tanto “nativos” como “bolivianos”, involucrados y no involucrados con la Colectividad; y el análisis de diversos documentos relevantes, como por ejemplo, notas periodísticas publicadas por algunos medios locales y nacionales, y revistas, páginas web, actas, censos, fotos y discursos realizados por miembros de la entidad. De este modo experimenté algunas situaciones que me permitieron profundizar los sentidos que se condensaban en la sensación que tuve de estar en un ámbito protegido contra los extraños¹⁴ durante mi primera visita al Mercado y al Barrio Lucchetti. Paradójicamente, los extraños en este espacio social no eran los “bolitas”¹⁵ sino que los que estábamos fuera de lugar allí éramos los “argentinos”.

El Mercado y la visibilidad de la Colectividad Boliviana de Escobar

La Asociación Civil Colectividad Boliviana de Escobar se “formalizó” en el año 1991¹⁶. Es decir, se inscribió como tal en los organismos estatales argentinos, obteniendo así su personería jurídica. Si bien sus objetivos eran en un comienzo de índole deportivo-cultural, su progresiva visibilidad económica, social, política y simbólica fue sustentada por los ingresos provenientes de dos emprendimientos económicos: el Mercado Frutihortícola y el Paseo de Compras.

Ambas actividades comenzaron de manera no sólo informal sino también ilegal en una calle del Barrio Lucchetti. Posteriormente, fueron trasladadas al predio en el que actualmente funciona la “feria de ropa”. Con los años, la “venta de fruta y verdura” fue creciendo conforme se iban acercando cada vez más compradores provenientes de zonas cercanas. A la vez, a los quinteros les convenía vender allí ya que de esa manera evitaban la intermediación de los acopiadores de otros mercados y sólo tenían que pagar una pequeña suma a la incipiente organización para tener un lugar en el predio.

Pero poco a poco, los funcionarios gubernamentales aumentaron su presión a la Colectividad a través de diversas modalidades que iban desde el cobro de coimas hasta la persecución policial, el desalojo y la negación de la habilitación. Para entonces, los directivos de la organización se propusieron el desafío de construir un mercado que

¹³ Gran parte de este artículo fue escrito en agosto de 2007 y el grueso de las revisiones posteriores fueron realizadas en noviembre del mismo año y en marzo de 2008. Este dato contextual es importante habida cuenta de que el análisis que realizo de la situación jurídico-organizativa de la Colectividad Boliviana de Escobar se refiere a un recorte temporal que se extiende durante un “período de intervención” de la institución por parte de las autoridades argentinas, es decir, hasta agosto de 2007.

¹⁴ La condición de ser extraño no radica en ser simplemente una persona desconocida, sino en no pertenecer al mundo del otro, es decir, estar fuera de lugar (Neal y Walters 2006).

¹⁵ Esta es una denominación que se usa de manera despectiva para designar a las personas de nacionalidad boliviana que viven en Argentina o a sus hijos (Caggiano 2003).

¹⁶ Para una historia detallada de la Colectividad Boliviana de Escobar ver Pizarro (2007).

cumpliera con los requerimientos de la normativa estatal. Así, compraron el predio en donde funciona actualmente el Mercado y, en el año 1995, construyeron la primera nave gracias al aporte de dinero de todos los socios. Al año siguiente se construyó la segunda nave y con el correr del tiempo se fueron haciendo distintas mejoras tales como la construcción de un comedor y una sala de reuniones, la pavimentación de una playa de estacionamiento, la construcción de dos naves más y la ampliación de la playa de estacionamiento, la parquización y forestación del predio, entre otros¹⁷.

Fue así que la visibilidad económica y social de la institución creció alrededor de la comercialización de la producción frutihortícola. Esto fue posible gracias al esfuerzo de los socios de la entidad, quienes no dejan de recalcar que lo lograron “sin la ayuda de ningún político”. Este hecho, a su juicio, los diferencia de otro mercado que fue creado en 2001 por la Colectividad Boliviana de Pilar con el apoyo tanto de la Municipalidad como del Gobierno Provincial. Pero, también, este crecimiento confluyó con cierta estructura de oportunidades en el contexto económico nacional que impactó en la comercialización frutihortícola regional.

En la década de 1990, en el marco de las políticas económicas neoliberales del gobierno de Menem, la desregulación favoreció la aparición de una serie de mercados mayoristas en el área hortícola bonaerense (Durand 1997), paralelamente al ya existente Mercado Central ubicado en el periurbano de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El Mercado Frutihortícola de la Colectividad Boliviana de Escobar fue el pionero en la zona norte del área hortícola bonaerense¹⁸.

Sin embargo, el crecimiento económico de los “quinteros bolivianos” no se tradujo en una aceptación sociocultural por parte de los habitantes “argentinos” del Barrio Lucchetti, ni por el resto de los escobarenses. Los socios de la Colectividad no dejan de remarcar que el motivo que los llevó a organizarse a fines de la década de 1980 fue la necesidad de “aunar fuerza” para “representar a los paisanos” ante las autoridades locales y contrarrestar los efectos de la discriminación. Por otra parte, señalan que esta situación de inseguridad se debía a actitudes discriminatorias y xenófobas por parte de los “gringos” o argentinos. Si bien estos relatos fueron realizados desde un presente en el que los residentes bolivianos de Escobar son objeto de este tipo de agresiones, su vulnerabilidad frente a prejuicios, comportamientos discriminatorios y hechos violentos por parte de los habitantes locales no-bolivianos ha tenido picos de recrudescimiento en distintos momentos desde –por lo menos- mediados de los 1980s hasta la actualidad (Benencia 2002).

El Mercado: lugar de trabajo y de producción de distinción

Hasta ahora el Mercado tiene habilitadas las dos naves más antiguas, que son las que se ven al entrar al predio. La estructura edilicia, conformada por ambas naves que se comunican entre sí, está rodeada por unas plataformas en donde se acumulan cajones o bultos de mercadería, ya sea como stock para “alimentar los puestos” ubicados en el interior de las naves o para cargar en los vehículos de los compradores. Los clientes

¹⁷ Vía Internet: <http://www.comunidadboliviana.com.ar/shop/otraspaginas.asp?pagina=17>.

¹⁸ En la actualidad existen en la zona por lo menos cinco mercados de características similares, todos ellos motorizados por inmigrantes bolivianos (cuatro de ellos son emprendimientos colectivos y uno pertenece a un particular).

ingresan a pie al mercado para elegir los productos y realizar sus compras alrededor de las 20. Mientras tanto, los vehículos en los que transportarán la mercadería comprada esperan afuera del portón de entrada hasta aproximadamente las 22.30, momento en que es abierto para permitir el ingreso de los mismos para que estacionen en forma perpendicular a las plataformas. Los días domingo, martes y viernes son los de mayor movimiento. He llegado a contar más de 150 vehículos haciendo cola en las calles de acceso al Mercado antes de que se abra el portón. Y, en algunas oportunidades en que estaba en la parrilla ubicada a la izquierda del portón, cuando éste se abría tuve la sensación de que el ingreso de los vehículos asemejaba a una estampida, apurados por conseguir un lugar para estacionar.

En ambos laterales de las naves se encuentran las playas de estacionamiento en donde se ubican los camiones de los puesteros. Estos vehículos pueden ser analizados en términos de los recursos económicos que distinguen (Bourdieu 2000) a los operadores del mercado. Los consignatarios, que se dedican exclusivamente al transporte y a la comercialización, tienen uno o más camiones, algunos de los cuales tienen acoplado. Esto constituye un capital que los posiciona diferencialmente económica, social y simbólicamente tanto en el mercado como en la Colectividad. El otro tipo de operadores son los productores que venden su producción en el mercado. Este grupo no es homogéneo, y esto puede apreciarse –entre otras cosas- en el tamaño y precio del vehículo en el que traen su verdura.

Estos parámetros son señalados por los trabajadores del mercado (changanines y vendedores) y de la Colectividad (personal administrativo y de seguridad) como criterios de distinción. Esta diferenciación se materializa, por un lado, en los lugares en donde estacionan sus vehículos, que cada uno “tiene asignado por tradición”. Por el otro, también se manifiesta en el interior de las naves. Aquí, la distinción entre los operadores del Mercado no se evidencia en la asignación diferencial de los puestos sino en la cantidad y calidad de objetos que hay en cada puesto.

Veamos. En cada una de las naves, los puestos se distribuyen en cuatro filas o sectores de 39 puestos cada una. Dos filas se encuentran pegadas a las paredes y dos en el centro, quedando así dos pasillos en el medio de cada una de las naves. Hay pasillos transversales que atraviesan las filas de puestos y que permiten la circulación en y entre las naves y los portones de salida a las plataformas. Los 156 puestos que hay en el Mercado son todos del mismo tamaño. Consisten en espacios de alrededor de 3 x 3 mts cuyos perímetros están pintados en el suelo y tienen un número que los identifica, el que muchas veces queda oculto por la mercadería. Dentro de esta delimitación los operadores apilan los cajones o bultos de frutas y verduras. Cerca del pasillo por donde transita la gente, algunos de los operadores tienen un pequeño mueble de madera de 50 cm x 50 cm x 1,50 m que funciona como escritorio sobre el que el encargado de la venta anota pedidos y realiza facturas, entre otras tareas. Esta persona puede ser el puestero o algún familiar o conocido al que se le “pide ayuda” y se le paga por día (alrededor de 20\$ o 30\$) según la necesidad, pudiendo en algunos casos recibir un pago mensual que no excede los 400\$, hecho que fue considerado por una de mis entrevistadas como una de las maneras en que “los paisanos explotan a los paisanos”.

Si bien hay 156 puestos, los operadores son sólo 134. Esto es así porque el 11% de los puesteros tienen 2 puestos y un 3% tiene 3. La gran mayoría (el 84%) tiene sólo un puesto, mientras que el 2% restante tiene medio puesto, es decir hay dos operadores que

comparten un mismo puesto. Los operadores que tienen dos puestos son quienes han logrado posicionarse en un lugar de mayor distinción económica, social, política y simbólica en el seno del Mercado y de la Colectividad.

Con respecto a su trayectoria económica como inmigrantes, residen en Argentina desde hace más de diez años y han logrado ascender en la *escalera boliviana* atravesando los distintos escalones de la producción hortiflorícola: peones, medieros, arrendatarios/propietarios. Algunos han dejado la producción para dedicarse exclusivamente a la comercialización y al transporte. Además, cuentan con una trayectoria que los distingue social, política y simbólicamente. Muchos son “socios fundadores”; han desempeñado distintos cargos en las comisiones directivas de la Colectividad y en la administración de la Feria, el Polideportivo o el Mercado; han “representado a los paisanos ante las autoridades” para “reclamar por la discriminación que sufren”; son los referentes a los que acuden aquellos paisanos recién llegados a la zona; e, incluso, algunos “mandan a buscar gente a Bolivia” en los momentos en que necesitan mano de obra.

De esta manera, estos *empresarios exitosos* hacen participar a sus paisanos no sólo en sus emprendimientos comerciales –ya sea como trabajadores de la quinta o del Mercado- sino también en las redes sociales locales, regionales y transnacionales. Así, se establecen vínculos de padrinazgo o de parentesco que implican relaciones de reciprocidad asimétrica (Sahlins 1983) fundadas en lealtades primordiales. Estas relaciones pueden conllevar un mayor o menor retorno socio-simbólico para los protegidos de acuerdo a las modalidades que asuma el intercambio de ayuda-trabajo por protección-articulación sociocultural.

Decía más arriba que las diferencias entre los puesteros del Mercado se materializan en el tipo y cantidad de vehículos que tienen, en la cantidad de puestos que operan, en si tienen gente que los “ayuda” en la venta y, también, en el abastecimiento de sus puestos. Cuando caminaba por el Mercado me sorprendían las diferencias que notaba entre los momentos en que estaba abierto al público y cuando estaba cerrado. Más allá del movimiento de los changarines y de los clientes, sobre todo entre las 20 y las 0.30 y que se renueva alrededor de las 5 hasta las 7, algunos puestos resultaban mucho más atractivos que otros por la cantidad y variedad de sus productos.

Mientras el Mercado está cerrado sólo quedan algunos cajones y pilas de mercadería no perecedera. El horario de descarga es de 19 a 22.45 aproximadamente, cuando comienzan a ingresar los vehículos de los clientes. Para la descarga los puesteros que no cuentan con la mano de obra familiar suficiente (que incluye mujeres y niños) contratan changarines. Los “puesteros más chicos” traen poca mercadería y la apilan en su puesto. Mientras que los “más grandes” traen mucha mercadería ya sea de sus quintas, los que son productores, o de otros lugares tales como La Plata, Rosario, Mendoza, los consignatarios. Estos últimos no sólo venden esta mercadería sino que se la dan en consignación a otros puesteros que no tienen ese tipo de producto porque no se “da en la zona” (por ejemplo, papas o frutas tales como sandías y melones) para que puedan “ofrecer variedad”.

Entonces, los puesteros que tienen demasiados cajones y bultos como para apilarlos en sus puestos ponen parte de ellos en las plataformas que rodean a las naves, en lugares asignados a cada uno de acuerdo a usos y costumbres locales. A medida que van

vendiendo la mercadería, van “alimentando el puesto” con aquella que tienen apilada en la plataforma o, también, la van descargando de los vehículos que están estacionados. Así, la cantidad y diversidad de cajones y bultos que hay en los puestos varía de acuerdo a la posición y trayectoria de cada puestero. Por lo tanto, algunos puestos son sumamente atractivos por su colorido y diversidad, y porque la cantidad de cajones y bultos no decae a lo largo de la noche.

Si bien existe heterogeneidad entre los puesteros, todos ellos comparten algunos derechos y obligaciones por igual. Esto distingue a este Mercado de otros mercados mayoristas chicos del área metropolitana de Buenos Aires, algunos de los cuales son también administrados por organizaciones de inmigrantes bolivianos.

Por ejemplo, mientras que en el Mercado de la Cooperativa 2 de Septiembre de Pilar, hay “argentinos” que alquilan puestos aún cuando no son “socios”, en este Mercado es requisito “ser socio” para “tener un puesto”¹⁹. Es por ello que “toditos son bolivianos”. Se paga “una llave de 1.000\$ para entrar” y una cuota diaria en “calidad de donación”. El hecho de que el aporte monetario sea en “calidad de donación” se debe a que la Colectividad es una Asociación Civil sin fines de lucro, y como tal “no puede cobrar” a los puesteros por el “uso del espacio”. Esto, a diferencia de otros mercados, exige a la entidad de pagar ciertos impuestos al estado nacional aún cuando los puesteros deban pagar como monotributistas. Por otra parte, el espacio comercial como tal está habilitado ante la Municipalidad local debiendo la organización pagar un impuesto por alumbrado, barrido y limpieza así como mantener las condiciones sanitarias requeridas por bromatología. Si bien es la Colectividad la que paga al Municipio los montos correspondientes, los puesteros no tienen que hacerlo de manera individual, lo que los beneficia en comparación con otros mercados de la zona, como el Mercado Saropalca de Morón.

Otra característica que distingue a este Mercado es que los “puestos están todos ocupados” y, a diferencia del Mercado Regional de La Plata, no hay “playa libre”. Esto es, sólo se puede vender en los puestos asignados para tal fin. Si el “titular no puede venir” puede “prestar el puesto” a algún familiar o conocido por algunos meses, pero él sigue siendo el “dueño del puesto” para la Colectividad.

Hasta aquí caractericé al Mercado de la Colectividad Boliviana de Escobar como un lugar de trabajo en donde se regulan las relaciones laborales de acuerdo a usos y costumbres locales. También señalé que estas regulaciones se vinculan tanto con las trayectorias y posiciones sociales de los trabajadores como con las estrategias a través de las cuales producen distinción en el lugar de trabajo.

Hanser (2006) propone el concepto *distinction work* retomando la noción de distinción social de Bourdieu para analizar las maneras en que los trabajadores de un centro comercial en China producen y consumen diferencia social en sus prácticas laborales. Del mismo modo, se puede concebir al Mercado Frutihortícola de Escobar, en tanto

¹⁹ Este requisito no está expresado formalmente en ningún documento y cuando comenzó a funcionar el Mercado había productores no-bolivianos que vendían en el mismo. En la actualidad todavía hay algunos puesteros no-bolivianos. Los socios de la Colectividad, si bien dicen que “no son egoístas”, motivo por el cual les permiten continuar vendiendo en el Mercado debido a la antigüedad de su relación, plantean que las normas consuetudinarias han hecho que sólo los paisanos accedan a ser “titulares de un puesto”, los que también deben ser socios.

lugar de trabajo, como un tipo de campo social, esto es, un campo laboral. Así, los puesteros son agentes sociales que, a través de estrategias varias, disputan por el poder en el lugar de trabajo produciendo y consumiendo distinción laboral.

¿Enclave de economía étnica o emprendimiento socio-cultural?

A continuación abordaré algunos aspectos de la infraestructura del Mercado que me permitirán complejizar su posible caracterización como un *enclave de economía étnica* (Portes y Jensen 1989, Bailer y Waldinger 1991). Argumentaré que para comprender las relaciones laborales que se dan en su seno es necesario considerar, además de las cuestiones económicas, los factores socio-culturales que lo atraviesan. Veamos.

En la parte posterior de la nave más antigua, se encuentran los baños y dos oficinas. Una de las cuales es utilizada para la administración del Polideportivo y la otra para la administración del Mercado. Al lado de ésta hay una puerta que está siempre cerrada y que tiene un timbre con un portero eléctrico. Detrás de la puerta hay una escalera por la que se accede a las oficinas de la administración de la Colectividad. Los baños, las oficinas de la planta baja y la puerta de la escalera dan a un hall que tiene dos aberturas que comunican con la nave y con la plataforma posterior del Mercado.

Hasta agosto de 2007, era posible observar en las paredes del hall una serie de papeles exhibidos que tratan sobre diversas cuestiones vinculadas con la transparencia en la gestión de la administración de la Colectividad. Esta tarea estaba siendo realizada desde hacía aproximadamente 4 años por interventores²⁰, es decir, funcionarios designados por el Ministerio de Justicia de la Nación con el fin de sanear ciertas “irregularidades en el funcionamiento de la entidad”. Esta intervención del gobierno nacional se debió a una serie de denuncias realizadas por los propios socios en el año 2002. Entre los papeles que se encontraban en exhibición está la prórroga del actual interventor otorgada por el Ministerio, un listado con los nombres de los operadores del mercado en el que se ponía en evidencia quiénes eran morosos, entre otros anuncios. Si bien esta transparencia era celebrada por algunos socios ya que consideraban que era “lo que necesitan los paisanos”, también estaban resentidos porque ya no podían tomar decisiones en la entidad, función que era ejercida por el interventor.

Es por ello que los socios transitaban por las oficinas de la planta baja, mientras que las de la planta alta eran usadas por el interventor, sus asesores y la técnica que fue contratada para gestionar la habilitación del Mercado ante el Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria del Gobierno de la República Argentina (SENASA). Si bien estas personas eran ayudadas por algunos paisanos, que trabajaban como empleados administrativos y que también utilizaban estas oficinas, este ámbito de poder que anteriormente había sido habitado por el presidente y por la comisión directiva de la organización, en ese momento era territorio de “argentinos que venían de afuera”.

Aún cuando en términos empresariales el Mercado “sólo es administrado” por la Colectividad Boliviana de Escobar –tal como lo plantearon el entonces interventor y sus

²⁰ La intervención comenzó a fines de 2002, continuó con algunas intermitencias entre las gestiones de los tres interventores que fueron asignados y finalizó en septiembre de 2007. Es remarcable que la normalización de la institución se realizó un mes antes de que tuvieran lugar las elecciones gubernamentales locales, provinciales y nacionales.

ayudantes no-bolivianos-, los socios lo consideran como un espacio que les pertenece y que materializa los logros que han podido alcanzar a lo largo de su trayectoria laboral como inmigrantes. El éxito que han tenido como organización es explicado -por bolivianos y no-bolivianos- a través de la naturalización de ciertas características culturales y psico-físicas que tendrían los bolivianos: el “esfuerzo”, la “perseverancia”, la “honradez”, el “trabajo duro”, la “capacidad de ahorro”. Esta narrativa sobre las capacidades y habilidades de los bolivianos²¹ naturaliza también algunas características negativas: “tomadores”, “sucios”, “peleadores”, “ignorantes”, “ilegales”, “coimeros”, “dispuestos a trabajar en condiciones inhumanas”, “portadores de rostro (indígena)” que los convierte en personas susceptibles de ser agredidas con comportamientos “discriminatorios”, “xenófobos” y “racistas”²². En tanto que inmigrantes extranjeros cuya alteridad –y subalternidad- en la sociedad en la que residen es (auto) marcada explícitamente a partir del clivaje nacional²³, los socios de la Colectividad Boliviana de Escobar se sienten orgullosos de “dar trabajo” no sólo a los puesteros bolivianos que venden fruta y verdura en el Mercado, sino también a otros trabajadores bolivianos y no-bolivianos tales como los changarines, los empleados administrativos y el personal de seguridad.

Es por ello que considero que una interpretación que se limite enfatizar el rol adaptativo o disruptivo de los *enclaves étnicos* con respecto a su integración a la sociedad en la que residen los inmigrantes resulta insuficiente para dar cuenta de los procesos de discriminación vinculados con los procesos migratorios y con las relaciones laborales. Al analizar las organizaciones de inmigrantes, es pertinente considerar algunos grises y matices que complejizan aún más los procesos de discriminación.

Por un lado, tomando en cuenta la hipótesis positiva que plantean Portes y Jensen (1989) con respecto a los *enclaves de economía étnicos*, el Mercado analizado constituye un vehículo poco ortodoxo pero efectivo de adaptación económica positiva de los inmigrantes a la sociedad local que permitiría su progresiva movilidad social. Por otra parte, estos autores señalan que esta postura ha sido cuestionada por quienes, marcan el aspecto negativo de esta integración económica, ya que consideran a este tipo de emprendimientos como un vehículo que disfraza la explotación capitalista. Esta perspectiva también es aplicable al caso estudiado ya que los changarines, entre otros paisanos que trabajan en el Mercado, son explotados por sus patrones y se encuentran en peores condiciones laborales que si estuvieran en mercados laborales primarios o, incluso, secundarios. Sin embargo, ambas lecturas son limitadas debido a su énfasis funcionalista en el concepto de adaptación/integración y a su reduccionismo economicista, que no toma en cuenta los aspectos políticos y culturales que atraviesan a

²¹ Morberg (1996) denomina *mitos de etnicidad* a aquellas narrativas que caracterizan a los trabajadores con determinados atributos raciales y/o culturales para racionalizar y justificar la segregación laboral en la producción bananera en Belice. Plantea que estas narrativas o *mitos* apelan a ciertos atributos que se supone son innatos de los grupos étnicos subalternos que son desplazados en las relaciones laborales. En el caso que estamos analizando, las narrativas estereotipan a los trabajadores por su pertenencia a una nación sin recabar en la posible vinculación con diversos grupos étnicos de quienes son homogeneizados por el mismo estereotipo. Cabe señalar en este sentido que en Bolivia conviven varios grupos étnicos.

²² Ver Benencia (2002) para profundizar sobre los procesos de segregación laboral en la producción hortícola que son justificados a través de narrativas que naturalizan ciertas características culturales y psico-físicas de los trabajadores por el sólo hecho de ser “bolivianos”.

²³ Es decir, según estas narrativas las características (auto) adscriptas a los trabajadores se deben fundamentalmente a que son “bolivianos”, no a que son “indios”, ni “cabecitas negras”, ni “pobres”, ni “del campo”, ni “analfabetos”.

las relaciones laborales en tanto prácticas sociales.

Los inmigrantes implementan sus prácticas laborales (entre otras) y construyen sus identidades entretejiendo diversos marcos de referencia en relación a los variados clivajes de nacionalidad, de etnia, de raza y de clase tanto de su sociedad de procedencia como de la sociedad en la que residen. En otras palabras, la agentividad de los inmigrantes se encuentra condicionada tanto por los marcos identitarios hegemónicos de su país y región de nacimiento, como por aquellos del país y región en donde se asientan. Por lo tanto, en una sociedad local como la escobareña, en la que el mapa de lugares identitarios posibles para los inmigrantes nacionaliza, racializa y etniciza las diferencias y desigualdades sociales más que tematizarlas en términos de clase, es dable esperar que aquellos inmigrantes cuya alteridad es poco tolerada como es el caso de los bolivianos, institucionalicen sus redes sociales de parentesco y paisanaje en organizaciones que les permitan resistir y re-significar la “discriminación que sufren” por parte de los considerados “nativos”.

Diversos autores han señalado que las organizaciones de inmigrantes (las redes sociales, los *enclaves de economía étnicos* y las instituciones “formalizadas”) constituyen, sobre todo en las primeras fases migratorias, una manera de resistir la ubicación subalterna de los inmigrantes en los mapas identitarios hegemónicos de las sociedades de destino (Basch et. al. 2003). Pero también, un estudio detallado de las prácticas de estas instituciones permite complejizar el análisis de los procesos de discriminación. Esto es así debido a que las variadas organizaciones de inmigrantes articulan alrededor del ser “inmigrante extranjero” a un colectivo social que se pretende homogéneo frente a otro conformado por los “nativos” de la sociedad de residencia. Sin embargo, este colectivo social es heterogéneo en términos de los clivajes de clase, etnia, raza y región. De esta forma, las propias organizaciones (más o menos institucionalizadas) no están exentas de producir en su interior diversas formas de “discriminación”, “abuso” y “explotación” “entre paisanos”.

Además, las modalidades de la discriminación adquieren más grises y matices cuando en estas organizaciones interactúan agentes sociales que pertenecen tanto al colectivo de “inmigrantes extranjeros” como a aquel de “nativos” locales. En el siguiente acápite estudiaré este tipo de procesos en las prácticas laborales de dos grupos de trabajadores del Mercado Frutihortícola de la Colectividad Boliviana de Escobar.

La segmentación laboral: los “changas argentinos” y los “changas bolivianos”

En el Mercado trabajan durante el verano alrededor de 100 changarines en la descarga de camiones que abastecen a los puestos y en la carga de la mercadería en los vehículos de los compradores (verduleros, vendedores ambulantes o puesteros de otros mercados). Si bien el tipo de trabajo y la remuneración es igual para todos ellos, las formas de reclutamiento, los sistemas de control, los contratos de trabajo y las modalidades de ejecución de las tareas son diferentes para los “changas argentinos” y para los “changas bolivianos”.

Durante el tiempo que realicé el trabajo de campo, los puesteros preferían a los “changas bolivianos” para hacer la descarga y para “alimentar el puesto”. Algunos “changas bolivianos” también “les cargaban” a ciertos clientes, generalmente a los

paisanos. Mientras que, los “changas argentinos” raramente eran llamados por los puesteros para hacer las descargas y sólo realizaban cargas para algunos compradores del mercado no-bolivianos.

Los “changas bolivianos” son reclutados por los propios puesteros a través de redes de parentesco y paisanaje. Pero las modalidades de reclutamiento de los “changas argentinos” no se basan en el sentimiento de confianza por parte de los puesteros. Por el contrario, según uno de los “socios fundadores” el hecho de incorporar a los “argentinos” como changarines resultó ser una apuesta exitosa que implementaron los socios de la Colectividad para “frenar la “delincuencia que habían sufrido los paisanos” previamente por parte de quienes fueron incorporados como “changarines”.

Aparentemente, a principios de la década de 1990, cuando el Mercado se estaba iniciando, uno de los “nativos” que vivían en el Barrio y que era responsable de algunos de los ataques y asaltos que “sufrían los quinteros” fue aceptado como changarín por los directivos de la Colectividad de aquella época. Este delincuente devenido en changarín fue el nexo para que otros “nativos” “enemigos” comenzaran a trabajar también como “changarines”:

“A²⁴: ... hemos tenido enemigos (...) delincuentes, ahí hemos pensado (...) en el mercado vamos a ocupar unas tantas personas al mes, y a todos los delincuentes los metemos como changarines, les demos trabajo, (...) algunos decían no, pero no es fácil, nos van a asaltar, nos van a ver quiénes estamos llevando plata, que esto que el otro. Pero no, pará, si esos delincuentes no tienen trabajo, es por eso que vienen a robarnos por allá (...)

B: ¿Pero eran argentinos o eran paisanos?

A: Argentinos, argentinos (...) Desde ahí, se ha parado toda la delincuencia (...) Entonces, uno puede darse cuenta por qué paró, porque, el changarín de noche, de noche trabajamos, entonces no tiene tiempo para hacer, aparte ahora ganan, ahora esos changarines esas patotas tienen buena casa, incluso ya tienen kioscos, ganan bien, bueno mejor que nosotros tienen casas, bueno trabajando, ya no robando.”

Otro de los “socios fundadores” señalaba que las modalidades de contratación de los changarines sufrieron algunas variaciones en los últimos años:

“... (Los changarines argentinos) venían, solicitaban a la comisión (directiva), teníamos un número determinado, un ejemplo, 30 o 40 (...) A cualquier (puestero) descargaban porque son libres (...) más aún, cuando estaba (un presidente de la Colectividad en el año 2001) ellos se independizaron. Porque nosotros (la Colectividad) anteriormente (a) los changarines (les) cobrábamos el carrito un peso por día (...) porque (los carritos) era(n) de la institución. (En ese momento) nos dijeron los changarines (...) bueno, nosotros queremos tener nuestro propio carro, no queremos contribuir un peso a la institución, queremos ser libres.”

Antes de ser “trabajadores libres” la Colectividad era la encargada de “autorizar a los changarines” para ingresar al Mercado y les “daba un carro” porque muchos de ellos no

²⁴ Usaré letras de manera aleatoria para referirme a los interlocutores en los casos en que transcriba diálogos con el objeto de preservar su anonimato.

tenían. Debido a la “contribución” que los changarines hacían por los carros, la entidad era responsable si “había un accidente (...) tenía que llevarlo al hospital, hacerse curar”, porque si “había algún daño (...) seguramente la carga iba a ir a la institución”. La Colectividad ya no se hizo más cargo de esta obligación cuando los changarines se “independizaron” y tuvieron sus propios carros.

Por su parte, los changarines argentinos me contaron durante una entrevista grupal que mantuvimos en febrero de 2007 que cuando el Mercado comenzó a funcionar “en la calle”, algunos de ellos ya estaban trabajando como “changas”. En aquella época había 10 u 11 “changas” que tenían alrededor de 14 años y eran “todos argentinos”. Con el tiempo los “changarines bolivianos (...) se fueron metiendo”. Algunos de los “argentinos” fueron dejando “porque les daba vergüenza empujar el carrito y (...) se querían acomodar en una fábrica”. Cuando les pregunté por qué, dijeron que el “laburo de changarín (...) es cansador” porque “es un laburo pesado”.

Sin embargo, los “changarines bolivianos” no lo consideran un trabajo vergonzoso, sino más bien una oportunidad de “ganar platita”. Esto se debe a las diferentes trayectorias tanto laborales como migratorias de ambos grupos. Aún cuando los “changas bolivianos” y los “argentinos” son migrantes²⁵, proceden de estratos sociales de muy bajos ingresos, no han finalizado la escuela primaria y no tienen capacitación laboral, tienen diferentes aspiraciones con respecto a su inserción laboral y distintas valoraciones del tipo de trabajo que realizan.

En este sentido, los “changas argentinos” reconocían sus dificultades para ingresar al mercado laboral primario debido a sus escasas calificaciones y, también, a su segregación puesto que no cumplimentan ciertos estereotipos hegemónicos sobre el aspecto que debería tener un potencial trabajador confiable. Así, planteaban que el trabajo de changarines era el único que podían tener²⁶:

“ ... porque es el único que tenemos las condiciones más o menos como para trabajar acá. Porque para salir a otro lado a trabajar, no te toman (...) porque (...) acá ninguno tiene estudios, ninguno, segundo grado y es mucho (...) vas a buscar laburo y no te dan. Porque te hacen la revisión médica, si tenés un tatuaje no podés entrar o que si estuviste en algún lado (haciendo referencia a instituciones carcelarias), no podés, no te toman en ningún lado”.

Aún así, los “changas argentinos” aspiran a poder dejar este trabajo como lo lograron hacer algunos pares que “están consiguiendo trabajos buenos, en una fábrica o algo así”. Esto es valorado por los beneficios que representa ingresar en el mercado de trabajo formal, ya que implicaría “cobrar salario y todo eso, aparte de la obra social”.

Por el contrario, los “changas bolivianos” no se muestran preocupados por ingresar en el mercado de trabajo formal a fin de gozar de beneficios sociales. Más bien, su interés por conseguir un trabajo mejor remunerado está más vinculado a mejorar sus ingresos

²⁵ Los “changas argentinos” con los que conversé eran en su mayoría migrantes internos procedentes de las provincias del noroeste.

²⁶ Jensen (2006) analiza la manera en que distintos niveles estatales de Sud África han objetivado a jóvenes negros como particularmente proclives a la delincuencia y a las pandillas, y como estos jóvenes negros se enfrentan a los estereotipos que los ligan al crimen y a la violencia.

económicos para poder dejar de “alquilar una pieza” y “construir su casa”, o enviar remesas a su familia, entre otras aspiraciones.

Las diferentes aspiraciones de los “changas” argentinos y de los bolivianos remiten a diversas construcciones hegemónicas nacionales sobre el trabajo. Grassi (2000) plantea que en Argentina, el modelo de integración social por el trabajo²⁷ ha sido progresivamente desmantelado a partir de fines de la década de 1980 en virtud de la implementación de la llamada “flexibilización laboral” en el marco de las políticas neoliberales. Desde mediados de los 1990s, se definió al desempleo como un problema económico, vinculado con las leyes del mercado, o como un problema social pero reduciendo su análisis a algo que los individuos tienen.

Sin embargo, considero que el modelo de integración social por el trabajo continúa aún hoy configurando el mapa de identificaciones laborales posibles en Argentina. Así, el acceso al mercado de trabajo formal constituye una meta incluso para aquellos jóvenes que, como los “changas” argentinos, nunca han logrado “tener un trabajo bueno”. Esta idea de “trabajo bueno” se refiere a aquel que garantice los derechos sociales del trabajador. Es así que las reivindicaciones de los “changas argentinos” en el caso analizado, remiten a ciertos derechos sociales de los trabajadores que el modelo de integración social por el trabajo garantizaba.

Por el contrario, se podría pensar que los “changas bolivianos” no aspiran a este tipo de derechos por el mero hecho de haber migrado en busca de mejores oportunidades económicas y laborales. Sin embargo, me atrevería a argumentar que este tipo de aspiraciones no se encuentra en el horizonte de sentido de aquellos inmigrantes que provienen de las áreas rurales del altiplano andino debido a que el estado-nación boliviano no ha articulado, por lo menos hasta el 2005, un modelo de integración social por el trabajo. Por otra parte, tampoco el estado-nación boliviano ha sido considerado históricamente por la población de estas zonas como un agente responsable de garantizar el derecho al trabajo²⁸.

Existen, además, diferentes connotaciones morales vinculadas con la valoración del trabajo por parte de los “changas” argentinos y bolivianos. Mientras que para los “changas argentinos” trabajar en el mercado implica realizar una tarea que es “mal vista” y que los discrimina, para los “bolivianos” constituye muchas veces una actividad alternativa al trabajo en las quintas y que les permite interactuar en un espacio más urbano. Además, constituye un ámbito de interacción con sus “paisanos” que los “protegen” y en donde pueden, incluso, “ponerse de novios”²⁹.

²⁷ Esta concepción del trabajo considera a la cuestión laboral como un problema social. Desde este discurso se entiende al trabajo como una capacidad humana cuyas condiciones se encuentran constreñidas por la desigualdad intrínseca que conllevan las reglas del mercado. Este enfoque considera “... las condiciones bajo las cuales se realiza tal capacidad y puede reintroducirse al sujeto de esta relación, no como “necesitado” de trabajo, sino como portador de una tal capacidad, aunque subordinado en la relación que organiza el intercambio y la distribución del trabajo” (Grassi 2000: 19, subrayado y comillas en el original).

²⁸ Agradezco a Roberto Benencia sus comentarios personales sobre este tema. En este momento nos encontramos profundizando esta hipótesis en un trabajo de investigación conjunta.

²⁹ En este sentido, un joven que había llegado de Bolivia recientemente y que no tenía familiares en Argentina, estaba trabajando como changarín para un puestero y se había puesto de novio con la hija de un verdulero a quien le realizaba las cargas. Debido a que no era aceptado por la familia de su novia, ella se había distanciado, motivo por el cual él estaba muy triste. El puestero lo vio llorando una tarde que tenía que hacer una descarga y, como lo quería como a un sobrino, llamó por teléfono a la familia de la

Los conflictos laborales y la discriminación

Las distintas valoraciones de su trabajo por parte de los dos grupos de changarines orientan también las diferentes modalidades de ejecución de las tareas, la organización del tiempo de trabajo, las relaciones que entablan entre ellos y con los puesteros, así como las estrategias que implementan frente a los sistemas de control de la Colectividad. Estas cuestiones son motivo de conflicto entre los “changas argentinos” y los “socios” de la entidad. Dichos conflictos no son definidos como problemas gremiales derivados de las relaciones laborales, más bien, son definidos como situaciones que evidencian la discriminación derivada de las diferencias nacionales, étnicas y raciales. Veamos.

Los “changas argentinos” argumentan que “acá hay mucha discriminación” para con ellos. Con respecto a las condiciones laborales dicen que no tienen un lugar en donde sentarse en el horario de menor trabajo, entre las 0 y las 5. Ellos se reúnen en un espacio que está ubicado a la izquierda de la caseta de control cercana al portón de entrada. Sobre el alambrado que delimita el predio hay un techo bajo el cual se estacionan los carros y, en el extremo opuesto a la caseta, los “changas argentinos” tienen una mesa rectangular alrededor de la que se sientan para “comer algo” y “jugar a los naipes”. Como sillas usan cajones de verdura que también utilizan como madera para hacer fuego con el propósito de cocinar o de calentarse. Este espacio es sentido por los “changas argentinos” como “propio”, ya que les permite escapar un poco al control de los “bolivianos”.

De hecho, en las ocasiones en las que conversé con ellos en las plataformas del Mercado en donde realizan las cargas, sentía que estaba traicionando a los “socios” de la Colectividad por estar con los changarines argentinos. Sensación que éstos alimentaban cuando me decían que “los bolitas” los querían “espiar”. Por el contrario, no tuve esa sensación cuando debajo de ese techo compartí con ellos una comida en ocasión de la entrevista grupal que ellos mismos me habían pedido que les realizara y que grabara, para que se conociera la “historia de los changas argentinos”.

En esa oportunidad se quejaron de que, si bien “hace años que estamos acá”, los “bolivianos no quieren invertir” en construir “un lugar, un vestuario y una ducha para los changarines”. En ese lugar ellos no tienen “dónde sentarse”, están “a la intemperie”, por lo que “sufren frío” y, si bien un día habían puesto unas chapas para protegerse de la lluvia, al día siguiente se “las habían sacado”. Ellos piden “un espacio físico para los pibes, para el descanso o para cocinar”, ya que a veces se quedan entre las 3 y las 6 de la mañana “esperando a algún cliente”. A su juicio, los “bolivianos no quieren que nos juntemos acá”, a las 4 o 5 les “cortan la luz”. Si bien dijeron desconocer por qué no quieren que se reúnan en ese lugar, en un momento me aclararon que no se juntan a “bardear”.

Desde el punto de vista de los miembros de la Colectividad, ese es justamente uno de los problemas que presentan los “changas argentinos” a diferencia de los bolivianos. Según uno de los “socios”, los “argentinos” los “amenazan” porque:

novia para “hablar a favor” del changarín. Cuando el muchacho me relataba esta situación, me decía que “se hicieron muchos matrimonios en el mercado”.

“... muchas veces nosotros les frenamos muchas actividades, no podemos permitir adentro (...) No pueden hacer un juego digamos, al azar, dentro del trabajo. Hay muchas cosas que los privamos, por esa situación digamos se molestan. Otras actividades que no corresponden, digamos, al estatuto de nosotros.”

Esta misma estrategia retórica de apelar al estatuto como normativa que regula las relaciones en el espacio de trabajo fue utilizada por los “changas” para cuestionar el hecho de que sólo se permita ser “socios” de la entidad a los “bolivianos”, lo que los “discrimina” a ellos como “argentinos”. Según uno de los “changas”, cuando se inició el Mercado:

“... había de todas clases, había argentinos, había gente boliviana, extranjera, había de todo (...) Al formar una comisión (los bolivianos) formaron un estatuto, y (...) en el estatuto que firmaron los fundadores (...) decía que cualquier persona, no importaba la nacionalidad ni la religión (...) puede ser socio de acá, de este lugar, y ellos no lo quieren reconocer en estos momentos.”

Más allá de que el estatuto exprese realmente lo que plantea el “changa”³⁰, su argumento pone en cuestión el mito de fundación de la Colectividad y la (auto) definición identitaria de sus miembros, ya que en caso de que la entidad aceptara a los argentinos como socios perdería su razón de existir como representante de los intereses de los inmigrantes bolivianos. Además, la teoría del “changa” pone en evidencia la presencia fantasmagórica del Otro nacional frente al cual se articuló la Colectividad como una organización de inmigrantes extranjeros. Al re-centrar el prólogo de la Constitución de la República Argentina, que incluye a ‘todos los ciudadanos del mundo que quieran habitar el suelo argentino’, el “changa” señaló la paradoja que implica la existencia de una organización de inmigrantes en la Argentina habiendo cuenta de que, de acuerdo a su mito fundacional, no deberían existir diferencias entre argentinos y extranjeros.

Aún así, los “changas argentinos” apelaron a narrativas que naturalizan ciertos diacríticos étnicos o raciales que caracterizarían a los “argentinos” para justificar sus mejores capacidades para el tipo de trabajo en comparación con los “bolivianos” a quienes los puesteros prefieren:

³⁰ Es posible que en el estatuto al que hace referencia el “changa” haya figurado un artículo en el que se permitiera asociarse a personas de todas las nacionalidades. Cuando le consulté sobre el tema a una de las “socias” dijo que quizá el “changa” se estuviera refiriendo al “primer estatuto” que posteriormente fue modificado. Según ella en el “actual estatuto” no hay ningún artículo de ese tenor. Uno de los “socios fundadores” atribuye la posibilidad de que en el “primer estatuto” figurara un artículo de esas características a la poca experiencia de los socios en temas jurídico-administrativos, quienes fueron asesorados por una “abogada de la Capital” (ciudad de Buenos Aires) cuando tramitaron la personería jurídica. Este es el motivo, según el socio, de que la Colectividad Boliviana de Escobar tenga su dirección legal en la Capital Federal, ya que dicha profesional dijo que de esa manera podrían posteriormente tener sucursales en otras provincias. Estas dificultades con respecto a la letra del estatuto provocaron una serie de problemas para el funcionamiento de la entidad a lo largo de los años, motivo por el cual este socio considera que es importante revisarlo, y modificarlo de ser necesario, una vez normalizada la organización. Según su opinión sólo deben ser socios aquellos bolivianos que vivan en el partido de Escobar, ya que ese fue el espíritu de los “fundadores” al crear la institución, tal como consta en su denominación. Hasta el momento no he tenido oportunidad de leer ninguno de los estatutos mencionados.

“... aparte vos ves el trabajo que hace el boliviano (...) si vos mirás el trabajo que hacemos nosotros nada que ver (...) porque nosotros somos más responsables, cuidamos la mercadería, y ellos no, ellos meten así no más y llevan, si se cae ...”

Los “changas argentinos” también se quejaban por las transformaciones que fue sufriendo su relación laboral hasta llegar a ser “trabajadores libres”. Por un lado se quejaban de la época en que tenían que “pagar el carrito” a la Colectividad porque de lo contrario no los “dejaban trabajar”, situación que había cambiado a partir de que tenían sus propios carros. Argumentaban que estaban dispuestos a pagar el mismo monto que destinaban para el carro en el caso que fuera considerado como aporte para una “cobertura, una obra social” para ellos o para sus familiares.

En relación a este tema, un socio de la Colectividad me comentó que justamente esa era la idea cuando se liberó a los changarines de “colaborar” por el carro. En aquel momento, quien era presidente de la entidad había conversado con ellos para que “hicieran una cooperativa” que pudiera hacerse cargo de los accidentes laborales y de la cobertura de salud. Sin embargo, el proyecto quedó en la nada porque los changarines no querían “sacar de su bolsillo”. Es interesante que si bien los “changas” y los “socios” se responsabilizaban mutuamente por este desacuerdo, le adjudicaron a la “intervención” el que no se hubiera podido llegar a un acuerdo.

Por otra parte, según los “changas argentinos”, existiría un contrasentido entre ser “trabajadores libres” y los mecanismos de control que la Colectividad aplica sobre ellos:

- A: En un tiempo, nos corrían (los socios de la colectividad) con la policía.
B: Cualquier cosa que pasa, lo primero que dicen, son (...) los changas argentinos. Todo, no hay nada acá que no seamos nosotros (...) Usted va y le dice (...) me robaron, lo primero que dice un boliviano (...) es los changarines argentinos (...)
A: Cualquier cosa que pasa en la calle, acá te quieren suspender (...)
B: Acá te buscan roña hasta que vos les pegás y de ahí te suspenden (...)
Sabe una vuelta mi hermano, un día peleó, y ¿sabe cuántos patrulleros vinieron acá a buscarlo a él solo, a uno solo?, tres patrulleros (...) El jefe de calle (policía) se dio cuenta (...) no pero si esto es problema de trabajo, no es problema de (...) se dio cuenta el tipo que estaba mal.
C: Si él mismo dijo, yo estoy para atrapar a los chorros de la calle, no para ...
B: No para meterme en un problema laboral, si es un problema laboral (...)
D: Y cuando vos le querías pedir algo, no, vos no laborás para mí.
A: Se lavan las manos (...)
D: Ellos te pueden suspender cuando ellos quieren (...)
C: ¡Hasta echarte también!
A: Y si vos entrás te siguen, ahí, al lado tuyo están.
D: No te dejan trabajar.”

Los socios de la Colectividad, por su parte, justifican estos mecanismos de control argumentando que los “changas argentinos” han tenido una trayectoria criminal y discriminatoria para con los quinteros en el pasado y para con los puesteros en la actualidad. Uno de los socios, que a la vez es verdulero y cliente del Mercado, me

contaba algunas formas en que los changarines se “abusan”:

“... los changarines que están aquí trabajando (...) antes que había el mercado andaban digamos (...) cuando estaban en la quinta, robaban (...) y gracias al mercado, gracias a la colectividad pudieron conseguir un trabajito y por lo menos han dejado de robar (...) Y algunos (changarines) tienen bastantes antecedentes (policiales) (...) Algún verdulero por ahí compra en un puesto, entonces el changarín se aviva y en vez de llevarle 5 bultos que compró, digamos, yo soy verdulero, yo compré 5 bultos a vos, y el changarín cargó 7 bultos, dos más, y después arreglamos, ¿me entiende? (...) Y también hay muchas cosas, los changarines se avivan también. Los (cajones) vacíos a veces los dejamos afuera (en la plataforma). ¿Qué hace un changarín? Agarra digamos 10 cajas que están depositadas afuera, ya fueron digamos pagadas³¹, viene al puesto: Mirá, esto es de tal persona (y vuelve a cobrar el dinero de la seña). Y no, sinvergüenza, hay muchas maneras para hacer guita. Sí (...) por esa razón tenemos varios problemas con los changarines, no son muy sanos, les falta mucho”.

Los miembros de la Colectividad justifican sus mecanismos de control a través de narrativas que les atribuyen a los “changas argentinos” ciertas características innatas y sociales: “no son muy sanos” y “tienen antecedentes”. Por su parte, los “changas” (auto) definieron su pertenencia identitaria marcando su diferencia con los “bolitas” al contarme el caso de un “boliviano que trabajaba de seguridad acá” y que “era re-ladrón”. Si bien “peleaba adentro del mercado”, cosa que cuando ellos hacen es motivo de expulsión, a él “nunca le dijeron nada, claro él era boliviano”. Aún cuando los “changas” señalaron que “lo echaron porque se robó la plata”, reclamaban que cuando peleaba no se hubieran aplicado las mismas sanciones que para con ellos. Además, caracterizaron a los “bolivianos” como “re-desconfiados”.

Por otra parte, señalaron que no pueden acercarse a los changarines bolivianos para organizar estrategias de lucha conjuntas en pos de intereses laborales comunes porque “donde les decís algo, no porque es primo de aquel, o porque es hijo de aquel, o porque es socio de acá (...) vos no podés hablar porque te suspenden”. Así plantearon que, entre los “bolivianos”, priman más las lealtades étnicas que las de clase.

El desdibujamiento de las fronteras laborales y étnicas

Los “changas argentinos” ejemplificaron la dificultad para asociarse gremialmente con sus pares bolivianos cuando relataron cómo consiguieron que se aumentara el pago de 15 a 20 centavos por bulto. “Nosotros agarramos y les pedimos un aumento y no lo quisieron dar”. Entonces, decidieron “hacer un corte” de la calle de ingreso al mercado. Esto generó conflictos con sus pares bolivianos:

“... juntamos todos los carros del mercado, y algunos (“changas bolivianos”) querían laburar, pero como éramos muchos nosotros se la iban a tener que agarrar con todos nosotros (...) Y alguno (“puestero”) decía no,

³¹ Cuando un cliente lleva la mercadería en cajones le paga al puestero una seña por el envase. El puestero lo registra en un cuaderno, y cuando el cliente regresa para hacer otra compra trae los “vacíos” y se lo entrega al puestero quien le devuelve el dinero de la seña o se lo descuenta de la nueva compra.

él (“changa boliviano”) trabaja para mí y trabajaba en el puesto. Y trabajaba, trabajaba, trabajaba, entraban los camiones. Y nosotros dijimos, no cómo, algunos están parados y algunos están trabajando, vamos a cortar la calle y que no entre nadie y que no trabaje nadie (...) Al no entrar los camiones (...) llamaron a la policía”.

Si bien los “changas bolivianos” no colaboraron con los argentinos, fueron los que resultaron “beneficiados”:

A: A los paisanos después les dieron la descarga, por 20 centavos, claro, le aumentaron a 20 centavos (...) cuando cortamos nosotros la calle, éramos todos argentinos, los paisanos estaban todos acá adentro.

B: Todos miraban, y cuando empezaron a cobrar 20 centavos iban y cobraban.

A: Ellos se beneficiaron.

B: Y nosotros no teníamos más laburo.

A: No, porque ellos se beneficiaron.

B: O sea que nosotros hicimos, hicimos un corte para ellos”.

Estas apelaciones a pertenencias nacionales erosionarían las posibles acciones mancomunadas de todos los changarines en pos de intereses gremiales comunes. En lugar de cuestionar de manera colectiva las condiciones de trabajo, los changarines bolivianos y los argentinos aparentemente compiten unos con otros. Sin embargo, en un momento de nuestra conversación uno de los changarines argentinos recordó que en ese piquete “habían varios (bolivianos) (...) que nos vinieron a apoyar”.

Además, existen algunas actividades que se dan en el lugar de trabajo en las que tanto los “bolivianos”, ya sean changarines, puesteros o socios, incluyen a los “changas argentinos”. Por ejemplo, durante el horario de menor trabajo, entre la 1 y las 5 de la mañana, a veces se organizan partidos de fútbol en las canchas del Polideportivo que está enfrente del Mercado, de los que participan los “changas argentinos”. En los campeonatos que organiza la Colectividad en ocasión de conmemorar el día de la independencia boliviana, los “changas argentinos” participan formando un equipo que, a veces, es “sponsoreado” por un puestero boliviano, quien les da las camisetas y comparte comidas con ellos. Si bien ellos dicen que este apoyo ha redundado en una llamada de atención al puestero por parte de algunos socios de la Colectividad, el acercamiento del puestero a los “changarines argentinos” marca cierta porosidad en las fronteras étnico-nacionales y laborales.

El desdibujamiento de las fronteras que separan a los “changas argentinos” de sus pares laborales: los “changas bolivianos”, de sus empleadores: los puesteros, y de los administradores del lugar de trabajo: los “socios” se pone en evidencia en situaciones que amenazan la continuidad de la Colectividad. Es en estos momentos cuando se dan ciertos procesos de comunalización en los que se articula un colectivo de identificación en el que todos se sienten incluidos.

La “situación de intervención” de la Colectividad no fue valorada positivamente por sus miembros durante mi trabajo de campo. Si bien en los primeros momentos se pensó que sería la manera de resolver algunos conflictos internos que estaba atravesando la entidad en el año 2002, luego de más de cuatro años la sensación de los socios era que ninguno

de los tres interventores había tenido “voluntad de dar una solución”. Se atribuía esto a diversos motivos tales como los sueldos que ellos y sus asesores cobraban a expensas de la entidad, las “avivadas” que les permitían quedarse con dinero de la asociación, los intereses de los políticos y funcionarios de distintos niveles de gobierno por “quedarse con el Mercado”, y los intereses económicos de ciertos grupos de poder por apropiarse de la Feria de Ropa, entre otros. Si bien distintas facciones de la Colectividad intentaron aliarse con cada uno de los interventores al comienzo de sus gestiones, cuando consideraban que se estaban dilatando demasiado los tiempos para que se convocara a elecciones, la sensación de incomodidad se propagaba entre todos los socios por igual.

Las intervenciones han sido uno de los factores que contribuyeron a erosionar algunas alianzas políticas que la Colectividad Boliviana de Escobar había tenido hasta el 2002³². También, perjudicó su posición distintiva³³ frente a otras organizaciones de inmigrantes. Sin embargo, esto no impidió que los socios implementaran ciertas modalidades de confrontación con los interventores, formas que abarcan un continuum desde prácticas cotidianas de resistencia (Scott 1990) a modalidades más explícitas de beligerancia de las que participaron no sólo los bolivianos sino también los “changas argentinos”:

“Una vuelta le rompieron todo el auto (al interventor). Éramos nosotros (los changas argentinos), pero mandados por ellos (los socios), porque a nosotros nos querían cerrar, nos querían cerrar el mercado y nos quedábamos sin laburo. Esta es la fuente de laburo que tenemos nosotros (...) Nos mandaron al frente, a nosotros *para que no cierren el mercado, que esto es el mercado que de acá nos mantenemos todos, nos mantenemos todos*, y bueno. De ahí al otro día, apareció en el diario de Escobar, en la tapa estábamos nosotros. Ellos dijeron no, yo no mandé a nadie, yo no mandé a nadie, vos mandaste, yo no mandé a nadie, ellos se lavaban las manos, y ¿quién fueron?, los changarines, los changarines argentinos que hicieron esto, que rompieron el auto”. (Mi énfasis).

En este fragmento aparece una tensión en el sentimiento de pertenencia que articula el “changa”. Por un lado, postula las diferencias nacionales vinculadas con las relaciones laborales entre los “changarines argentinos” y los “socios” bolivianos. Pero, también, se refiere un colectivo de identificación que incluye a ambos grupos al señalar que el Mercado es la actividad que les permite subsistir.

Este fragmento también alude a que los “socios” bolivianos, en esta oportunidad, capitalizaron la capacidad de los “changarines argentinos” para implementar acciones de conflagración violenta ante situaciones consideradas como una amenaza. Entiendo a esta capacidad como un saber y animarse a hacer que los “changarines argentinos” tienen, no en virtud de características psicológicas innatas, sino debido a su trayectoria social como parte de una cada vez más amplia franja de la población excluida del sistema laboral.

³² Durante la década de 1990 esta entidad mantuvo fluidas relaciones a nivel transnacional con las autoridades bolivianas tanto en dicho país como en la Embajada y Consulado en Buenos Aires y con otras organizaciones de inmigrantes bolivianos y latinoamericanos residentes en Argentina; a nivel nacional con algunas autoridades nacionales y provinciales; y, a nivel local con algunos funcionarios municipales.

³³ Esta importancia era reconocida por su rol pionero debido a su antigüedad, su tamaño, su empuje y sus logros económicos.

Esto se relaciona también con la particular conformación del problema del desempleo en la Argentina³⁴. A partir de la década de 1990, diversos movimientos sociales reclamaron al Estado que solucionara el tema de la desocupación a través de prácticas de protesta y de confrontación explícitas a lo largo de todo el país (Schuster y Pereyra 2001). En Bolivia, sin embargo, si bien a comienzos de la década del 2000 se dieron protestas de envergadura en áreas urbanas como La Paz y El Alto, en las zonas rurales del altiplano de donde provienen la mayoría de los inmigrantes bolivianos que residen en Escobar, este tipo de protestas en demanda de integración social dirigidas al estado ha estado fuera de lo pensable.

Por otra parte, este tipo de confrontación abierta no podía ser liderada por los “bolivianos” ya que tratan de construir una cara pública positiva (Fairclough 1992). Ser los autores materiales del ataque al auto del interventor hubiera puesto en evidencia la “peligrosidad” de los “bolivianos” reafirmando los prejuicios que sobre ellos tienen los “argentinos”. Esto es así ya que, si bien algunos “bolivianos” de Escobar han logrado convertirse en *empresarios exitosos*, su articulación en la sociedad local es marcadamente subalterna tanto en términos económicos, puesto que sus emprendimientos se han desarrollado en la liminalidad de la informalidad; políticos, ya que no gozan de derechos ciudadanos³⁵; e ideológicos, debido a que son discriminados por el hecho de ser inmigrantes limítrofes “portadores de rostro” residentes en una sociedad que se pretende blanca, moderna y europea.

En lo que refiere a los changarines argentinos, es necesario tener en cuenta que ellos también se articulan en una sociedad que los excluye socio-económicamente y los discrimina culturalmente. Estas operaciones también son realizadas apelando a narrativas que naturalizan ciertas características psico-físicas supuestamente innatas tales como la violencia y la adicción a las drogas. La mayoría de los changarines argentinos que trabajan en el Mercado de Escobar son migrantes internos, rotulados como “cabecitas negras”. Al igual que los “bolivianos”, han trabajado como “tanteros” en las quintas de la zona y se sienten desplazados por los “bolivianos” no sólo en los ámbitos laborales de las quintas y del mercado, sino también en el Barrio Lucchetti en donde ambos grupos conviven. Sin embargo, a diferencia de los “bolivianos”, las prácticas del “corte de caminos” o de la “violencia” para reclamar sus reivindicaciones no pueden perjudicar su imagen pública que ya se encuentra sumamente deteriorada, puesto que son estereotipados como miembros de una red criminal que “opera” para diversas agrupaciones partidarias en la arena política local³⁶. Por lo tanto, este tipo de actitudes resulta esperable para el resto de la sociedad, asimilándose esta situación a una especie de rumor auto-confirmado.

³⁴ Ver nota 27.

³⁵ Los inmigrantes ilegales son indocumentados. Los legales, si bien tienen documento, deben realizar una serie de trámites burocráticos a fin de empadronarse, una vez empadronados sólo están habilitados para votar autoridades locales.

³⁶ Artículos periodísticos en medios locales y nacionales consultados vía Internet: <http://www.pagina12.com.ar/imprimir/diario/sociedad/3-84443-2007-05-04.html>; <http://www.pagina12.com.ar/imprimir/diario/sociedad/subnotas/3-27113-2007-05-04.html>; http://www.lanacion.com.ar/informaciongeneral/nota.asp?nota_id=897710; http://www.lanacion.com.ar/informaciongeneral/nota.asp?nota_id=897709.

Reflexiones finales

He argumentado más arriba que es posible caracterizar al Mercado Frutihortícola de la Colectividad Boliviana de Escobar como un *enclave étnico* que permitiría a algunos paisanos adaptarse exitosamente en la economía local mediante relaciones de parentesco y paisanaje que obliteran la posible emergencia de asociaciones gremiales, aún cuando esto sea logrado a través de la explotación de los propios paisanos. Pero, también, he planteado que esto implicaría limitar el análisis a un reduccionismo economicista que concibe a las relaciones entre los inmigrantes y la sociedad local de manera dicotómica en términos de una integración positiva o negativa.

Caractericé al Mercado Frutihortícola como uno de los emprendimientos que se sustenta de y sustenta a la Colectividad Boliviana de Escobar. También, señalé que esta organización define su identidad como inmigrantes extranjeros que se articulan de manera subalterna en el mapa de lugares identitarios posibles de la sociedad en la que residen. Por otra parte, con el objeto de analizar la relación de los inmigrantes bolivianos con la sociedad de Escobar, describí al Barrio Lucchetti como el espacio social en el que el Mercado materializa esta identidad.

Posteriormente, analicé al Mercado como un lugar de trabajo en el que se relacionan distintos agentes. Haciendo foco en los changarines, me referí a la regulación sociocultural del trabajo describiendo las modalidades de reclutamiento de los trabajadores, los contratos de trabajo, la organización laboral, las modalidades de ejecución de las tareas y los sistemas de control. Argumenté que las diferencias entre “changas argentinos” y “changas bolivianos” son justificadas a través de narrativas que racionalizan y justifican la segmentación del mercado de trabajo en términos de las características étnicas y raciales que los trabajadores tendrían debido a su nacionalidad.

Planteé que esta segmentación puede ser considerada como un factor que dificulta la emergencia de intereses gremiales comunes a todos los changarines y que facilita el control que los empleadores realizan de sus trabajadores. Sin embargo, fue mi interés destacar que las identidades étnico-nacionales no son meros constructos discursivos más o menos arbitrarios que ocultarían identidades de clase supuestamente más objetivas. Tal como lo plantea Morberg, “aún cuando los empleadores aprovechan la etnicidad en el lugar de trabajo para su propio beneficio, ellos no crean las lealtades primordiales; más bien, la etnicidad adquiere su significado en el trabajo porque es de importancia prioritaria en las vidas de los trabajadores” (1996: 315, mi traducción).

Por otra parte, me interesó mostrar que estas lealtades primordiales no son inamovibles ni estáticas y que las diferencias racionalizadas por las narrativas que adscriben ciertas características innatas a los trabajadores en virtud de su pertenencia nacional pueden ser re-significadas. En el caso analizado, ante la existencia de amenazas que podrían redundar en el “cierre del Mercado”, se articularon ciertas estrategias de resistencia en las que los “changas argentinos” se unieron a los “bolivianos”. Así, argumenté que el sentimiento de pertenencia al Mercado y a la Colectividad no puede ser concebido solamente en términos estratégicos e instrumentales, lo que simplificaría los grises y matices que complejizan la emergencia de sujetos antagónicos. Para ello, es necesario atender a la manera en que confluyen las trayectorias y las posiciones de ciertos agentes que se comunalizan en oposición a un Otro. Este Otro, en el caso analizado, está conformado por el espacio social en el que se articulan el Mercado, como lugar de

trabajo, y la Colectividad Boliviana de Escobar, como organización de inmigrantes. Este espacio social no es meramente un contexto en el que los inmigrantes limítrofes (“bolivianos”) y los migrantes internos (“changas argentinos”) se insertan. Las relaciones entre los inmigrantes y las sociedades de destino pueden ser mejor entendidas como luchas *por, para y contra* espacios (De Genova 1998) en las sociedades locales. A su vez, estos espacios no son meramente *económicos*, sino también *sociales, políticos y culturales*.

Bibliografía

- Bailer, Thomas y Roger Waldinger. 1991. “Primary, Secondary, and Enclave Labor Markets: A Training Systems Approach”. *American Sociological Review*, 56, 4: 432-445.
- Basch, Linda; Nina Glick Schiller y Cristina Szanton Blanc. 2003. *Nations Unbound. Transnacional Projects, Postcolonial Predicaments and Deterritorialized Nation-States*. New York: Routledge.
- Benencia, Roberto (coord.). 1997. *Área hortícola bonaerense. Cambios en la producción y su incidencia en los actores sociales*. Buenos Aires: La Colmena.
- Benencia, Roberto. 1998. “El concepto de movilidad social en los estudios rurales”. En Giarracca, Norma (comp.) *Estudios rurales. Teorías, problemas y estrategias metodológicas*. Buenos Aires: Editorial La Colmena
- Benencia, Roberto. 2002. “La compleja trama del prejuicio. Aceptación y violencia sobre trabajadores bolivianos en la agricultura periférica de Buenos Aires”. Ponencia presentada en *Perspectives comparées des migrations: France-Argentine*, CERMI/URMIS/Université Paris 7/UBA. Programme ECOS, Paris.
- Benencia, Roberto y Germán Quaranta. 2005. “Producción, trabajo y nacionalidad: configuraciones territoriales de la producción hortícola del cinturón verde bonaerense”. En prensa: *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*.
- Benencia, Roberto y Germán Quaranta. 2006a. “Mercado de trabajo y relaciones sociales: la conformación de trabajadores agrícolas vulnerables”. *Sociología del Trabajo*, nueva época, 58: 83-113.
- Benencia, Roberto y Germán Quaranta. 2006b. “Mercados de trabajo y economías de enclave. La “escalera boliviana” en la actualidad”. En: *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 60: 413-431.
- Bourdieu, Pierre. 2000. *La distinción*. Buenos Aires: Taurus.
- Briones, Claudia. 2002. “Mestizaje y Blanqueamiento como Coordenadas de Aboriginalidad y Nación en Argentina”. *RUNA*, vol. XXIII: 61-88.
- Caggiano, Sergio. 2003. “Fronteras múltiples: Reconfiguración de ejes identitarios en migraciones contemporáneas a la Argentina”. *Cuadernos del IDES*, 1. Buenos Aires: IDES.
- Da Silva, Sidney. 2007. “Fases latinas. Um estudo comparado de três grupos de imigrantes em São Paulo”. Ponencia presentada en la *VII Reuniao de Antropologia do Mercosul*. Universidade Federal do Rio Grande do Sul. Mimeo.
- De Genova, Nicholas. 1998. “Race, Space, and the Reinvention of Latin America in Mexican Chicago”. *Latin American Perspectives*, 25, 5: 87-116.
- Durand, Patricia. 1997. “La comercialización de hortalizas”. En Benencia, Roberto (coord.). *Área hortícola bonaerense. Cambios en la producción y su incidencia en los actores sociales*: 57-66. Buenos Aires: La Colmena.

- Fairclough, Norman. 1992. *Discourse and Social Change*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Grassi, Estela. 2000. "Procesos político-culturales en torno del trabajo. Acerca de la problematización de la cuestión social en la década de los 90 y el sentido de las "soluciones" propuestas: un repaso para pensar el futuro". *Revista Sociedad*, 16.
- Hanser, Amy. 2006. "Sales Floor Trajectories. Distinction and Service in Postsocialist China". *Ethnography*, 7, 3: 461-471.
- Jensen, Steffen. 2006. "Capetonian Back Streets. Territorializing Young Men". *Ethnography*, 7, 3: 275-301.
- Mampel, Santiago. 2000. "De Bolivia con temor". *Editorial Ciudad Nueva*. Disponible en la World Wide Web: <http://www.ciudadnueva.org.ar/nota20900.htm>
- Ministerio De Asuntos Agrarios Del Gobierno De La Provincia De Buenos Aires. 2006. *Censo Hortiflorícola de la Provincia de Buenos Aires 2005*.
- Morberg, Mark. 1996. "Myths That Divide: Immigrant Labor and Class Segmentation in the Belizean Banana Industry". *American Ethnologist*, 23, 2: 311-330.
- Neal, Sarah y Sue Walters. 2006. "Strangers Asking Strange Questions? A Methodological Narrative of Researching Belonging and Identity in English Rural Communities". *Journal of Rural Studies*, 22: 177-189.
- Portes, Alejandro y Leif Jensen. 1989. "The Enclave and the Entrants: Patterns of Ethnic Enterprise in Miami before and after Mariel". *American Sociological Review*, 54, 6: 929-949.
- Pizarro, Cynthia. 2007. "Asociaciones de inmigrantes e identidades extranjeras: el caso de la Colectividad Boliviana de Escobar". *CD-ROM. VII Reuniao de Antropologia do Mercosul*. Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- Sahlins, Marshall. 1983. *Economía de la Edad de Piedra*. Barcelona: Akal Universitaria.
- Schuster, Federico y Sandra Pereyra. 2001. "La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política". En: Giarracca, Norma et. al. *La protesta social en la Argentina: transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*: 41-64. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Scott, James. 1990. *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcript*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Zalles Cueto, Alberto. 2002. "El enjambramiento cultural de los bolivianos en la Argentina". En: *Nueva Sociedad*, 178: 89-103.

Resumen

El Mercado Frutihortícola de Escobar es uno de los emprendimientos que se sustenta de y sustenta a la Asociación Civil Colectividad Boliviana de Escobar. Señalo que los miembros de esta organización definen su identidad como inmigrantes extranjeros y que se articulan de manera subalterna en la sociedad en que residen, de acuerdo al mapa local de lugares identitarios posibles. Planteo que el Mercado no sólo puede ser analizado como un enclave étnico sino, también, como un emprendimiento sociocultural.

Caracterizo al Mercado como un lugar de trabajo donde distintos agentes producen y consumen distinción laboral. Focalizo en uno de estos agentes, los changarines, para mostrar que las relaciones laborales se encuentran atravesadas por procesos identitarios. Identifico las diferencias entre los changarines argentinos y bolivianos al caracterizar las

formas de reclutamiento, los contratos de trabajo, la organización laboral, las modalidades de ejecución de tareas y los sistemas de control, entre otros. La segmentación laboral es explicada por los agentes analizados mediante narrativas que la justifican. Así, estas diferencias son racionalizadas apelando a las distintas pertenencias nacionales de los trabajadores, las que se objetivarían en ciertas características culturales y psico-físicas. Finalmente, señalo que estas diferencias son re-significadas en ocasiones en las que todos los agentes del campo laboral se unen para luchar por, para y contra espacios en la sociedad en la que se articulan de manera subalterna.

Abstract

The Market of Vegetables and Fruit of Escobar is one of the entrepreneurships that sustains and is sustained by the Bolivian Colectivity of Escobar. I remark that the members of this organization define their identity as foreign immigrants and are articulated in a subaltern locus within the society where they live, according to the local map of possible places of identity. I argue that the Market can not only be analysed as an ethnic enclave but, also, as a socio-cultural entrepreneurship.

I characterize the Market as a workplace where different agents produce and consume work distinction. I focalize in one of these agents, the *changarines*, in order to elicit how labor relations are intertwined with processes of identity. The differences between Argentinean and Bolivian *changarines* are identified when I characterize strategies of recruitment, labor contracts, labor organization, modalities of fulfilling the tasks, and systems of control, among others. Labor segmentation is explained by the analysed agents with narratives that justify it. Thus, the differences are rationalized appealing to the nationalities of the laborers, which are thought to objectify in cultural and psycho-physic characteristics. Finally, I remark that these differences are re-signified when the agents of the labour social space join together in order to struggle because of, for and against spaces in the local society within which they articulate in subaltern conditions.